

## CAPÍTULO IV

### LAS ENEMISTADES Y LAS RECONCILIACIONES DE CLEMENTE VII Y CÁRLOS V

Para conocer estas diferencias se necesita estudiar el personaje mas importante y alto en quien estas diferencias se personifican, el Condestable de Borbon. El Dante habia en su Infierno representado el feudalismo de la Edad media en la persona de aquel Beltran del Bornio, poeta y guerrero á un mismo tiempo, el cual llevaba en las manos, como pertrecho de guerra, su propia ensangrentada cabeza. Pues bien, para personificar el feudalismo en sus últimos instantes, no conozco tipo alguno comparable al Duque de Borbon, por la fuerza, la pujanza, el odio, el valor, la riqueza, la dominacion, la soberbia, la sobra de ánimo guerrero y la falta completa de conciencia. Cual si en él se reunieran las perfidias del lobo de sus selvas, los furios del jabalí acosado en las cazas, los instintos carniceros de las aves rapaces anidadas en las barbacanas de las torres feudales, los odios inextinguibles é interminables de la guerra señorial que por espacio de diez siglos asolara las comarcas europeas y convirtiera sus principales habitantes en manadas de opresos y desdichados siervos, era Borbon el único que aun quedaba de pie sobre las ruinas feudales, entre todos aquellos grandes señores, cuyos solios se elevaran á la altura del solio real, y dilataran sus dominios en guisa de verdaderas monarquías, y trajeran mil veces el extranjero á la tierra patria en la ira de sus implacables venganzas, y jugaran con aquel áureo y frágil juguete que se llamaba la corona de Francia.

Ya no existian aquellos antiguos condes de Provenza, quebrantados ó

rotos por las guerras de religion; ya no existian aquellos duques de Borgoña, los cuales dilataran sus dominios desde las nevadas cimas del Jura hasta las negras aguas del Océano, rivales y competidores de los monarcas franceses y que se habian extinguido en la fantástica figura de Cárlos el Temerario; ya no existian los duques de Bretaña, mil veces árbitros de la suerte de Francia en las competencias entre esta nacion y su enemiga Inglaterra; el movimiento de los tiempos, la centralizacion de los gobiernos, las tendencias á la unidad monárquica, la política de los últimos reyes del siglo décimoquinto, unas veces destruyendo sus feudos, otras incorporándolos al Estado, habian roto casi por entero la sociedad feudal y sustituídola por una sociedad monárquica, en cuyo centro se levantaba, residuo de otras edades, fragmento de un régimen arruinado, escollo desprendido de las antiguas torres del homenaje, ¡ah! ese Duque de Borbon, descendiente del sexto hijo de San Luis, miembro de régia dinastía, con sangre tan bulliciosa y ardiente como la sangre de los antiguos angevinos; poseedor de Estados dilatadísimos y tan importantes como cualquiera antigua monarquía; con corte en Moulins, digna de acercarse á la corte del Louvre, con séquito de nobles como cualquier omnipotente soberano, con derecho de reunir asambleas, de administrar justicia, de imponer tributos, de llevar guardias, de mantener ejército, de guarnecer fortalezas hasta el punto de que su panteón, donde dormian tantos y tantos coronados abuelos, rivalizaba en grandeza con la abadía de San Dionisio, donde descansaban los reyes de Francia, siendo los funerales del duque último, predecesor inmediato del Condestable, mas lujosos que los funerales del último rey de Francia, pues solo en torno del cadáver iban mil setecientos criados de su casa, como para dar tierra en el granito de una augusta y terrible Necrópolis á los últimos representantes de la Edad media, los cuales se hundian y desplomaban por su propio peso en los tiempos creadores y revolucionarios del regenerador Renacimiento.

El Condestable que historiamos, habia subido al trono ducal con el nombre de Cárlos III y agregado á su fortuna propia la fortuna de la otra mitad de su casa por el casamiento con Susana de Borbon, hija única de Pedro II y de Ana de Francia. Gran camarero de la corte, dábale este título influjo poderoso en los negocios políticos, y gran Condestable dábale este título in-

flujo poderoso á su vez en los negocios militares. Pero suelen estas altas posiciones caer en ánimos irresolutos, que las debilitan con su propia flaqueza. No era de esta suerte, no, el ánimo del Condestable de Borbon. La llama se avivaba en la hora de extinguirse; la dinastía feudal se personificaba en un hombre de incontrastable empuje, como si quisiera intentar una última batalla y hacer un supremo esfuerzo. Claro de inteligencia, firme de voluntad, decidido en la accion, móvil y agitado como la sangre que circulaba por sus venas, de doblez política y de disimulo calculado, orgulloso hasta la soberbia, audaz hasta el heroismo, perseverante hasta la tenacidad, ambicioso hasta el crimen, bajo visos dulces y tranquilos, ocultábase un hombre como de hierro, fuerte y frio, en quien latia un corazon lleno de reconcentrado fuego, sin que por ninguna parte asomase jamás en aquella su alma el resplandor de la conciencia. Francisco I no supo cómo debía proceder con varon de tamaño temple. De no tratarlo como enemigo implacable, amigo debía ser en una monarquía, necesitada de todos los suyos, para contrastar á tantos y tan poderosos enemigos como tenia en frente. Bien pudo conocer Francisco I su inteligencia militar en la batalla de Mariñan; bien pudo conocer su inteligencia política en la gobernacion del Milanesado; bien pudo conocer su orgullo señorial en las vistas del Campo de Oro, y no posponerlo estúpida-mente á rivales tan inferiores á él como Bonnivet ó como Lautrec. A mayor abundamiento fué á buscar á la fiera en su espelunca y á herirla, hurgarla, desesperarla como si quisiera que le saltase al cuello y le clavase las garras. Un dia trató de incorporar á la corona los feudos pertenecientes al Condestable de Borbon y añadir á su desgracia en la corte su miseria en la vida. Aunque tales feudos pertenecieran al Estado, que la cuestion de legalidad revestia dificultades extremas, no era político enajenarse un general de aquella importancia, un vasallo de aquel poder, en la hora suprema de las mayores dificultades, cuando Carlos V le amenazaba en Italia, cuando Enrique VIII le amenazaba en sus posesiones de Francia, cuando el Papa se ponía á la cabeza de una liga contra él, cuando los lansquenets alemanes iban á desprenderse desde las alturas de los Alpes sobre su ejército, cuando los tercios flamencos iban á romper por el Norte, cuando todo el inmenso poder de Germania y España amenazaba horriblemente á Francia.

Mezcláronse á todas las anteriores incidencias asuntos de amor, como sucede con frecuencia en el mundo, y muy especialmente en la corte. La madre de Francisco I anhelaba casarse con el Condestable, no sabemos si por impulsos de afecto, si por impulsos de codicia. Lo cierto es que ella lo habia enriquecido, agrandado hasta el punto de echar en su inmenso y régio peculio pensiones sobre pensiones, las cuales, por necesidad, le daban con el influjo natural del dinero, sobre todo en aquellos tiempos de miseria, el influjo no menos poderoso de una corte que eclipsaba por su esplendor y por su lujo la corte misma de los Reyes. Cuando tuvo el Borbon su primer hijo, nombró padrino á Francisco I, el cual volvió amostazado y herido, despues de haber visto cómo su régio pariente se hacia servir por gentiles hombres, que llegaban al número increíble de quinientos y que vestian ricos trajes de terciopelo recamados de oro. Y si la vanidad real podia resentirse con motivo de este aparato, resentíase aun mas el poder real de que el ministerio de Condestable creciese por razon de nuevos códigos militares, redactados bajo la influencia del Borbon, hasta elevar tal cargo á la altura de un generalato, mientras el Rey quedaba reducido á la vana y aparatosa majestad y brillo de una enseña. Lo cierto es que, mientras la Reina madre requería de amores al Condestable y le invitaba tenazmente á un régio enlace, él iba buscando con ahinco princesas de la casa de Enrique VIII y princesas de la casa de Carlos V para dar á su feudo toda la grandeza y toda la majestad de un Imperio. Cierta dia fuése á Paris y entróse en el Louvre. Dió primero, indudablemente adrede, con el cuarto de la Reina, la cual estaba comiendo, y se sentó á la mesa. Entró el Rey, á poco tiempo, en el aposento; y como fuera el Condestable á levantarse, mandóle que no se levantara. E inmediatamente despues de este acto de cortesía miróle airadísimo el monarca y le dijo que estaba casado en secreto y que ya le pagaría acto semejante consumado á sus espaldas y sin su permiso. El Condestable salió herido; fuése á un palacio cercano donde le aguardaba la nobleza; pugnó al dia siguiente con las partidas de bandidos que llegaban hasta las puertas de Paris; tomó el camino de sus posesiones; instalóse en el mas agrio de sus peñascos y en el mas inexpugnable de sus castillos; recibió los embajadores enviados por los enemigos de su monarca; y resolvió el paso á Carlos V, que habia de darle el mando de las tropas de

Italia y la prision del Rey Francisco I en el campo de Pavía y la prision del Papa Clemente VII en el saco de la Ciudad Eterna.

Sabida es la cautividad de Francisco I. En ella comenzó la rivalidad entre el francés Duque de Borbon, generalísimo de los ejércitos italianos, y el Virey Lannoi, gobernador del reino de Nápoles. Cuando Borbon, Pescara, Leiva deseaban á toda costa retener en Italia la grande coronada presa; el Virey, á espaldas de estos héroes, la esquivó á su vigilancia recelosa, y la condujo á tierras de España. Mientras habitó Italia, ya esclavo del infortunio y cautivo de su odiado rival, explayó el Rey caballero y poeta los hondos pesares de su alma en versos y elegías, que si no pueden pasar á la posteridad por su mérito literario y por su armonía rítmica, pueden demostrar, por lo menos, cómo el dolor presta elegíaca poesía con sus sollozos, cuando son verdaderamente sentidos, aun á los ingenios menos inspirados y artísticos. En aquella Lombardía esmaltada de virgilianas praderas; á la sombra de los álamos que las vides abrazan; á la orilla de los rios que llevan aun el azul color alpestre; á la vista de las cordilleras de cristal retratadas en los lagos de zafiro; al amor de aquellos palacios de mármol en cuyos pórticos y terrazas alzábanse las estatuas antiguas rejuvenecidas por el calor que á todos los objetos artísticos prestara el Renacimiento; dolíase el prisionero, hechizado un día por los encantos de Italia, esa Circe de las naciones, dolíase de la ausencia de su patria y llamaba con plañideros sonidos á las ninfas, que habitan los rios de Francia, lo mismo aquellos bajados de los Alpes, como el Ródano, que aquellos bajados de los Pirineos, como el Garona, los cuales debian seguramente hinchar sus aguas con las lágrimas derramadas por los ojos mas bellos de Francia, cuyas inconsolables hijas resucitaban los dolores de las hijas de Sion tristemente, en la hora sublime del lamentable cautiverio. Encontrábase Carlos V en Madrid, y lejos de mostrar un regocijo insensato, por aquella increíble victoria, se vistió de luto y se dirigió á rezar sus oraciones en el monasterio de Atocha, sin que una mirada ni una sonrisa revelasen las profundidades oscuras de su alma.

Francisco I vistióse, despues de su cautividad, ropilla de paño ceniciento recamada con pieles de marta, que daba al mas galante de los Reyes el triste aspecto de un monje; y consagróse á desarmar la implacable ira de su vence-

dor y á abreviar los días de su esclavitud. Conducido á Barcelona encontróse con que el generoso corazon de nuestra patria latia como pudiera latir el corazon de sus vasallos por aquel grande infortunio. Alojado en el Palacio episcopal, circuido de los consellers catalanes que parecian en su decadencia el antiguo consejo de Venecia, agasajado por las primeras damas de la comarca que corrieron á recibirle en deslumbradora cabalgata, colocado en la Catedral cubierta de ricas preseas y vestida de fiesta, sobre las gradas y bajo la sombra de un solio, aclamado por una muchedumbre que con delicada finura le llamaba en su entusiasmo á grito herido señor y monarca, pudo creerse todavía en su reino, tanto mas cuanto que al pasar por Valencia le obsequió con toda suerte de obsequios el Marqués de Albaida; y al pasar por Guadalajara le dió el Duque del Infantado por espacio de tres dias toros, cañas, torneos, sortijas, juegos, justas, saraos; y al llegar á Alcalá salió á su encuentro toda la Universidad con sus once mil estudiantes, en cuyos homenajes mostró una vez mas España su orgullo tradicional y su tradicional hospitalidad.

Todas las ilusiones de esta recepcion cayeron deshojadas por tierra, en cuanto llegó el prisionero á Madrid. Antes, mucho antes que él habian llegado las quejas de los generales vencedores, á quienes Carlos V aseguraba, para desarmarlos, que la traída del Rey á España se consumó sin su conocimiento. Mucho fiaba Francisco I, alentado por los populares vítores, de su influjo personal sobre el Emperador; y al malogro de esta esperanza recrudecieron los dolores de su cuerpo y las tristezas de su alma. En efecto, el Emperador se encerró en Toledo y no dió muestra alguna de impaciencia por visitarle y por verle. Estuvo unos días en la torre de los Lujanes, y de allí se le trasladó á otra torre del Palacio real, á las tristes y polvorosas riberas del Manzanares. Estrecha cámara le servia de vivienda; espaciosa ventana cubierta de vidrios y enrejada con barrotes de hierro le comunicaba los resplandores de nuestro claro cielo; una mesa de trabajo, varias sillas de vaqueta, algunos cofres de nogal componian todo el ajuar que solo mostraba régio aspecto en los tapices donde se veia casi de relieve y bordadas de oro las flores de lis, las cifras y las coronas de los monarcas de Francia. Aquel señor tan poderoso no podia de ninguna suerte acostumbrarse á tener por todo reino un calabozo